

## Preámbulo para un viaje narrativo

**Abraham Rumsfeld**  
**Jonathan Silverman**

Ante la continuidad en la rica producción del cuento escrito en el Caribe colombiano, en buena hora la Universidad del Magdalena, bajo la denominación de *Cuentos felinos*, ha persistido en la edición de este género narrativo y tenemos ahora el séptimo volumen. Así, en vista de la nueva solicitud para prologar estos cuentos, hemos decidido escribir un preámbulo a cuatro manos o lo que en español llaman al alimón. Como lo planteamos en ediciones anteriores, para nosotros, extranjeros del sur de los Estados Unidos, es un honor que nos permitan expresar una serie de consideraciones sobre el relato que se viene escribiendo en el área sociocultural específica del norte de Colombia. A partir de los contactos de García Márquez con el mundo narrativo y espacial de William Faulkner, se ha hablado de algunas semejanzas entre nuestro sur y la geografía y cultura del Caribe. Esa comprobación de alguna manera justifica nuestra intromisión crítica en este proyecto narrativo. En el Caribe colombiano el cuento siempre ha sido cultivado con un alto nivel estético

que les ha permitido a sus escritores dar a conocer la filosofía y la visión del mundo que los animan. Aparte de las temáticas y asuntos que los centran, nos llaman la atención el poder del lenguaje con el que construyen sus historias, las estructuras y técnicas en el manejo del tiempo, la historicidad del espacio en que se mueven sus personajes.

Este número 7 de *Cuentos felinos* se inicia con Martiniano Acosta Acosta. Su relato «¿Quién ha visto a Donaldo?» es una historia en la que de inmediato el lector ubica la actualidad de los tiempos y el espacio colombiano y caribeño. Se trata de una ciudad situada a la orilla del mar. Están allí las redes sociales y las mentiras de los medios de comunicación. Pero principalmente están los cuerpos de jóvenes asesinados en distintos sitios de la ciudad. Un carpintero, Donaldo García, va a una cancha de básquet de barriada donde han aparecido dos cadáveres, uno de los cuales tiene enterrado hasta el mango un punzón en el pecho. Donaldo, temeroso, descubre que la herramienta, convertida ahora en arma siniestra y asesina, le perteneció. Ahí están en la empuñadura de madera las iniciales de su nombre que él mismo labró con un cuchillo. Meses atrás le prestó el punzón a alguien que luego se lo dio por perdido. Ahora no se acuerda del nombre y la fisonomía de esa persona. El temor de Donaldo es el de que, al ver las iniciales en el arma, la policía vaya a señalarlo como autor de los asesinatos. Así, regresa a su casa, donde lo espera su mujer Karen, quien está embarazada. Ella lo ve entrar al baño y, cuando viene a indagar por él, no

lo encuentra. Donaldo ha desaparecido. Es un cuento que sin decir las cosas directamente va dejando entrever el contexto represivo que vive la ciudad después de haberse producido una situación de revuelta social con paros y manifestaciones contra el desempleo, la inseguridad y la falta de salud y educación. El lector no llega a saber directamente qué le pasó al carpintero, pero quedan pistas para que realice la correspondiente semiosis y finalmente otorgue un sentido a la desaparición de Donaldo García.

Seguidamente, nos encontramos con el cuento «El perro», de Adolfo Ariza Navarro, narrador altamente confiable y un profesional de su oficio. Con un estilo duro, alejado del adorno inoportuno, trabaja relatos cuya perplejidad viaja con nosotros durante mucho tiempo. Su obra goza de un aire muy cotidiano, inherente a un autor en conexión permanente con el tiempo de sus criaturas de ficción, sin que venga a cuento que el escenario de la peripecia sea su natal Avianca, la calurosa Fundación o la tumultuosa Barranquilla de su residencia actual. Este aire fresco y confiable se respira plenamente en «El perro», cuento en el que un hombre es contratado para matar un perro viejo y así evitarle la agonía que padece. De camino al cumplimiento de la difícil faena, se encuentra con unos chicos, quienes después de hacerle ver que es inútil sacrificar al perro pues ya está agonizando, terminan por golpear al animal, seguramente para mostrarle al tipo lo doloroso que es matar a un ser agónico. Al intentar librar al perro del castigo, el hombre también es herido en la cara

por un guijarro. Libre de los chicos, el sacrificador no podrá evitar sentirse en el lugar del perro. No obstante, aparta de sí esta reflexión culposa al recordar que por su labor le pagarán un buen dinero.

La anécdota transparente, el intenso conflicto y el razonamiento del verdugo confirman el abandono del hombre en medio de los objetos y los apremios de la existencia. La muerte inminente del animal —su sacrificio inútil— le confirma al protagonista, en un arrebatado de conciencia, que estamos en el mundo y que somos carne para la muerte. «Siento que de algún modo comparto su agonía». La cavilación, además de un gesto de momentánea lucidez, nos recuerda que, en la realidad de las cosas y los animales, nuestro destino está ligado a ellos, así se olvide en el tráfago del existir.

El cuento de Ariza Navarro es una astuta y áspera meditación sobre la vida y la muerte, aunque la ruda mente del sacrificador pretenda apartarla de su cabeza y de nuestras miradas: «Entiendo que mi propósito no pasa por entrar a filosofar sobre la vida o la muerte del perro o de cualquier otra cosa. Lo que yo tengo que hacer es cumplir con mi trabajo». El efecto logrado es el contrario: la reflexión termina por hacerse visible al agigantar su presencia en la historia, sin lesionar la naturaleza narrativa del cuento. «El perro» deriva, así, en un efectivo golpe de mano.

Por su parte, David Cabarcas Salas, en su cuento «La risa de los demonios sobre el cielo raso», recrea el ambiente de un pueblo dominado aún por las supersticiones. Dos sacerdotes (Emanuel y Miguel) se enfren-

tan a un chismorreo de beatas que ven en el demonio el origen de ciertos hechos ocurridos en la iglesia y la comunidad. No obstante, en medio del claroscuro de la historia, el lector va detectando que hay otra historia relacionada tal vez con el homosexualismo oculto del padre Emanuel y la relación violatoria del celibato sostenida por el padre Miguel, en la propia casa cural, con la mujer que presenta como su hermana, incluido un sobrino «idéntico a él». Con una economía de palabras, la historia que nos cuenta Cabarcas Salas circula siempre en la cuerda floja de lo no dicho, de ser mucho más lo callado que lo manifiesto. El lector debe exigirse al máximo en la búsqueda del sentido de las dos historias que se cuentan: parecer y ser, apariencia y esencia, verdad y mentira.

De Jaime Cabrera González, ha sido incluido el cuento «A los pies de Denisse». Este narrador barranquillero, residente desde hace veinte años en Miami, es gestor de una obra en la que sobresale el deseo constante de renovación, como sucede en *Miss Blues 104º F* (2013) y *En un bosque de la China* (2022). Ese afán de transgredir es visible en el relato incluido. En los límites del melodrama y la telenovela, Cabrera González, y no solo el narrador, se regodea con la historia de amor fetichista que signa la complicidad de los tres personajes de la historia: Denisse, una ejecutiva exitosa que desea escribir libros; Tommy, su esposo, empresario de éxito, mayor que ella; y el narrador, un hombre indeciso de carácter, obsesivo en su fetichismo, editor y escritor que no puede ni sabe decirle no a su amante,

amiga y jefa. En cambio, Denisse, una suerte de mujer fatal postmoderna, experta en la administración de sus hombres, sabe cómo mantener a raya a su marido rico y mayor, neutralizar la intromisión de la señora del servicio —india de muchos recelos— y a su amante: escritor y editor de sus libros, un valor añadido a su perfil de mujer de éxitos reconocidos.

El estudio de la casa de Denisse y Tommy es el escenario en el que una y otro, controladora y sometido, o, al revés, se entregan a sus pasiones: muy al tanto de ellas como exige una buena mente cartesiana incapaz de prescindir de la sensualidad del lenguaje:

«...y entonces ella, ay, Denisse, rodeada por el silencio y la intimidad del estudio, se atreve a desahogarse, me dice que nadie ha sido *tan* así, Nene... Nadie. Nadie.

«Haz lo que tengas que hacer...».

«Y ávida, insaciable, exigente, se suelta el cabello, lo mueve de un lado para otro; y, para que mis ojos se inspiren, recurre a mostrarme sus tobillos redonditos, suaves, níveos —uno con una cadenita—; luciendo unos zapatos de taco alto, los exclusivos de Tommy, que en cada sesión estrena para mí y que le dan la seguridad suficiente para reafirmarse en su propósito. Y al instante siento cómo se me sale la babita. Entonces, dime tú, Nene, qué más puedo hacer ante tal incentivo que soltarme la correa y entregarme a satisfacer las necesidades de Denisse...».

Es un relato feliz con su materia, con la voluntad de someterse a los pies de sus protagonistas: un pago a la larga grato.

Roberto Celis trae su cuento «Pocillo, madre, café y perro». El juego es el centro de la belleza, afirma el filósofo coreano Byung-Chul Han, inspirado en Heidegger, en Adorno y Nuccio Ordine y su *La utilidad de lo inútil*. La idea es antigua. Si la traemos a cuento es porque el texto de Celis asume tal afirmación en circunstancias extremas. Su relato es realmente un divertimento dichoso sobre los atolladeros de la creación literaria.

La historia es sencilla y corriente, y ningún escritor o artista la desmentirá. Un joven, el perdedor del 501, quiere escribirle un cuento a una chica de la que cree estar enamorado. Para que los clichés de la escritura estén todos presentes, elige escribirlo en la madrugada, aunque la musa se niegue a aparecer de buenas a primera para socorrerlo en su patético intento. El texto del perdedor está plagado del sentimentalismo de las películas y los libros policíacos: una chica llorona y solitaria que piensa en su madre y añora algún pasaje de la infancia rural mientras consume una taza de café. Sin más recursos a la mano, consciente de sus pobreza, el perdedor del 501 insistirá en el cuento, condenado a escribir el mismo párrafo, enriquecido o empobrecido, bien enterado de la utilidad de sus intentos inútiles. Seguirá buenamente adelante con una historia sin final cierto y dando vueltas sobre él mismo, que es a la larga lo que hacen todos los escritores en las fases iniciales de los partos creativos. Tengan mucha o poca experiencia narrativa, siempre se verán abocados a partir de cero y sin esperanza de llegar a una estación firme, con el agravante —otro cliché— de que la inspiradora o des-

tinataria de la obra jamás se dará por enterada y, si lo hace, ningún pelo de su cabello sufrirá alteración, porque las musas son indiferentes como lo establecieron la Eva del paraíso bíblico y la hermosa Beatrice de *La Divina Comedia*.

El arte no tiene valor, pero es todavía para muchos el único lujo que no debemos perdernos. El cuento de Celis, además de ser otra nota grata en *Cuentos felinos*, habla bien de los rumbos de una narrativa inagotable en sus caminos.

«El perdedor del 501 no sospecha que las películas mientan con tal descaro, ni que las chicas lindas, como la Angélica del 502, no lean cuentos, ni siquiera los cuentos más enamoradores del mundo. Si acaso mala poesía. No sabe tampoco que se quedará todavía un tiempo largo reescribiendo el mismo párrafo, una vez y otra vez y otra maldita vez, tratando de colar a un perro en una historia con un pocillo marcado con un nombre, un poco de café orgánico, una madre muerta y mucho sol de los venados».

El juego está perdido, incluso cuando triunfa. Nadie da un peso por él en el mundo de la virtualidad y la total ignorancia de hombres y mujeres, niños y viejos, que marchan al *mall* tras el último *smartphone*. Pero el juego es un lujo que vale la pena correr. Celis ratifica los pasos de una narrativa colombiana que nunca permanece quieta, así se mueva poco, que es la mejor manera de viajar, según enseñaron sedentarios como Kant.

En «La tienda de la señora Pepa», de Andrés Elías Flórez Brum, encontramos la historia de un lugar

esencial en la barriada de los pueblos colombianos: la tienda, sitio no solo importante por los suministros de alimentos y abarrotes que hace a los parroquianos, sino principalmente porque es epicentro de relaciones, contactos e informaciones. Y se genera mucho más este tipo de intercambios si la dueña o tendera, en este caso la señora Pepa, encarna un personaje que cumple distintos roles sociales necesarios para el funcionamiento dinámico de la comunidad. Como se aprecia en el relato, la señora Pepa no solo deja al fiado los productos y alimentos de la canasta familiar a sus clientes. Ella es además confidente de los que allí llegan, sobre todo mujeres, a revelar sus problemas. «Locuaz, portadora en su intimidad de los secretos de las mujeres que se confiesan con ella, cuando van a la tienda con las palabras en las manos». Igual, la señora Pepa vende barato y puede fiar porque compra las frutas y verduras directamente a los campesinos.

Hasta ahí, todo parece color de rosa, pero detrás de ese servicio de cohesión social, de apoyo moral, de salvamento económico que presta la tienda de la señora Pepa, se va revelando la violencia que agrieta a la sociedad colombiana. La señora Pepa recibe amenazas, vacunas y boleteos de los grupos violentos: los paramilitares, la guerrilla y la delincuencia común. Todos sacan productos y dinero de la tienda. No obstante, los beneficiarios, que saben de esta situación, no protestan ni emprenden acciones para evitar que tal violencia se dé sobre la tienda y tendera que los favorecen. Y llega un momento en que la mujer es secuestrada, lo mismo

que uno de sus santos de madera, san Antonio, envuelto en sábanas. «Los malhechores —acaso otros— han aparecido en sus rápidas motos, con medias veladas, cubriéndose el rostro, y no conformes, se han llevado a la señora Pepa en persona. Algunos vieron un *jeep* del siglo pasado modelo 53 y vieron sacar una figura tiesa con el brazo y el codo rígidos, envuelta en dos sábanas blancas».

Solo entonces la gente se atreve a protestar y a organizar una homilía en la capilla por el retorno de la señora Pepa. En este punto, Flórez Brum introduce en la historia un elemento mágico, cual es el de que un día, algunos curiosos ven que san Antonio, el santo plagiado, aparece caminando en la calle, dando saltos de un metro, hasta llegar a la tienda. Entonces volaron los candados de la puerta y el santo entró por sí mismo en la trastienda. Al final: «Los hombres al acecho aguardaban desde sus ventanas la llegada de la señora Pepa».

Quienes acudimos a las citas con las páginas de *Cuentos Felinos* sabemos que José Luis Garcés González es un cuentista de altos quilates. Con este texto, «Angelús Finalisé, vendedor de afrodisiacos», vuelve a su entrañable San Jerónimo de los Charcos y a viejos y reconocidos personajes suyos, como el doctor Eustaquio Palacios, para recrearnos con una historia fresca y divertida. A San Jerónimo llega un hombre raro, aparentemente refinado y extravagante, tanto como su mismo nombre: Angelús Finalisé, representante de una firma de afrodisiacos —según él— asentada en Singapur.